



SEPOLCRO ERIGIDO EN MADRID. AL CONDE DE LA CORTINA.

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA.

(Conclusion.)

El ruido de su habilidad llegó á oídos del rey. Este príncipe quiso ver los utensilios de Pedro; el espejo llamó mucho su atención. Su hija que se llamaba Estrella de la Mañana, se quedó estupefacta y no pudo prescindir de echarse á los pies del poderoso mortal que poseía tan prodigioso talisman. El rey se complacía de tal suerte en mirarse en aquel cristal plateado, que significó á Pedro que le daría á su hija en cambio del espejo.

—¡Viejo necio! dijo Pedro.

Pedro no se decidió en seguida. La oferta le lisonjeaba; no se le figuraba muy indigna de él; veía con gusto que el rey había sabido apreciar su mérito, pero no podía olvidar á Anita.

—¿Qué será de ella, decía él, si sabe que me caso? morirá de des-

esperacion, y será mi décima, mi duodécima víctima. La conciencia me remuerde mucho...

Reflexionando de este modo se fué á la cama y se durmió. La almohada es buena consejera. Cuando se levantó había mudado de parecer. Había calculado que al cabo Anita no era mas que una costurera, y que él podía casarse con la hija de un rey; que quizá no regresaría á Francia; que aun en tal caso tendría necesidad de renunciar á la mano de Anita; y que un matrimonio salvaje en último apuro no era valadero al otro lado del Atlántico. Además, cuando fuese yerno de un rey, podría llamar á Anita á su lado, colmarla de riquezas, y casarla con alguno de su servidumbre.

Otras razones lo impelían á aceptar la mano de la princesa. Por este matrimonio abría la América central á los europeos, y en particular á sus compatriotas; ponía á su disposición los tesoros de aquellas regiones, las minas de Eldorado, la fuente de Jouvence, los lobos blancos, los cisnes de cabeza de toro; en fin, podía secundar al padre Francisco en su obra de conversion, y abolir la costumbre del país de

ir desmudo y comer perrillos. Ya consideraba á los del Illinois vestidos á la francesa, con zapato de hebilla, calzón de seda, la cascaca de terciopelo y las pelucas empolvadas. ¡Qué triunfo para la filosofía y las uces!

Pero antes de todo quiso consultar á su amo. El padre Francisco se escandalizó con el proyecto de semejante matrimonio. Declaró á Pedro que no conocía pecado mas enorme que casarse con una pagana, y le negó su consentimiento. Pedro no hizo caso, y el matrimonio se verificó al día siguiente. La ceremonia nupcial fué breve y sencilla. El rey entregó su hija al extranjero, despues de lo cual los grandes de la corte dieron al novio un capirotazo en la nariz. Hecho esto, Pedro insistió á su compañera que desearía dar un paseo con ella por el bosque, y la rogó que lo llevara á una mina de oro, porque tenía curiosidad de verla.

La jóven le hizo un signo de asentimiento, y tomó saliendo y riendo el camino del bosque. Como galante caballero, Pedro le ofreció el brazo, pero la graciosa princesa echó á correr á través de las zarzas y matorrates, dando saltos por encima de los árboles caídos, sacudiendo alegre su larga y flotante cabellera. El enamorado barbero la seguía lo mejor que le era posible, adelantando á lo lejos su ligereza, comparable á la del corzo, su alegría inagotable. Pedro era vigoroso, listo y vivo como un jóven de veintidos años, y durante algun rato rivalizó en agilidad con su esposa, de pies de gacela. Pero como no estaba habituado á este ejercicio, tropezando en troncos y piedras, no tardó en sentirse fatigado. Cuando su mujer lo veia sentado, detenía un poco su carrera; ella le enseñaba el mejor camino, pero sin acercarse á él, y cuando éste quería apoderarse de ella, paraba como una flecha; mirándolo por encima del hombro, y riéndose al verlo apretar el paso. El barbero empezaba á juzgar la chanza un poco pesada; el sudor le zorra por el rostro; maldecía su ambición, y se acordaba de su espejo. Ya iba á plantar á la hermosa y á volverse como pudiera á la capital de su reino, cuando vió de repente aclararse la selva, y aparecer una llanura interminable. Pedro no habia visto cascadas; por la vez primera vió una pradera americana con su terrible intensidad. Ni un árbol, ni una roca interrumpía la monotonía de aquel océano de verdura; solo se veia yerba de seis pies de alta, ondeando al viento como un mar agitado.

En este momento, el sol, en el término de su carrera, iba á desaparecer del horizonte que aun iluminaba con sus tibios y dorados rayos. Pedro creyó que aquella pradera, agostada por el sol del verano, formaba el límite de la tierra habitable; se figuró que se hallaba en el cabo del mundo. «Felizmente, dijo, he venido con un gallo; así por eso, no hubiera perdido.»

En tanto que así soñaba, descubrió en el lejano horizonte espesas columnas de humo que parecia que venian hacia él. Señaló el fenómeno á su novia, señalada sobre la yerba á algunos pasos de él, y le preguntó qué significaba aquello; pero no sabia bastante el illopcis para comprender la respuesta de la jóven, y se quedó con su incertidumbre. Como continuaba sus preguntas, y su torbellino crecia en la proporción que la masa del humo, la bella princesa se levantó y tomó la dirección del Oeste. Caminaron durante una hora. Pedro se puso serio y dejó de hablar; su compañera pareció conformarse á este deseo, y se puso tambien pensativa. El le habia seguido la mano sin que ella hiciera la menor resistencia. Marchaban á la par y silenciosos por el inmenso desierto, ella con los ojos bajos, él mirando con un ojo á su hermosa, y con el otro el singular espectáculo que despertaba sus sospechas y cuya causa no conocia.

El sol se habia puesto, la brisa se habia acallado, una calma mortal reinaba en la pradera. Pedro era preso de diversas sensaciones todas penosas. Aunque naturalmente atrevido, experimentaba un secreto terror, hubiera querido retroceder, pero juzgaba que era imposible. El incendio que tenia ante la vista le parecia el fuego del infierno que quemara devorarlo; su princesa era un demonio enviado para seducirlo y para castigarlo por haber desobedecido los consejos de su amo.

Las sombras de la noche eran cada vez mas espesas. Habian seguido á una embocadura por una pendiente tan suave, que no se apercibieron de ella hasta que se vieron en la cima, desde donde se apercibia un estenso horizonte. El velo de la noche no ocultaba los objetos, pero los confundia; el ojo no distinguia ya ninguna de las ondulaciones de la llanura. Pedro tenia delante un espectáculo sin igual; la oscura hallaba con resplandor sobrenatural, mientras que, en primer término, se hallaba envuelta en una oscuridad profunda. Un frío glacial circuló por las venas del pobre barbero; miró á su compañera y vió una sonrisa burlona en los labios de la jóven. Entrelanta el fuego era cada vez mas vivo, y el humo mas denso y negro. El fuego habia ocupado todo el horizonte, las llamas brotaban y se extendian ocupando mas de la mitad, y se lanzaban hacia arriba con la rapidéz de un torrente irresistible.

Pedro no habia sido hablar nunca de los incendios que devastan

las praderas de América en el otoño, y no tenia bastantes conocimientos para atribuir á una causa natural este fenómeno.

El océano de fuego avanzaba siempre por el océano de verdura. Llamas azules, rojizas y amarillas serpeteaban sobre el suelo ó formaban en los aires columnas ó espirales. Un ruido sordo, un rechinar terrible se oia en toda la llanura, como si la tierra fuera destrozada por estrafias pur algun volcan en erupción.

Pedro creyó ver el infierno abierto ante él. Distinguía en las llamas demonios, espectros, cocodrilos, serpientes gigantesas bailando y abriendo su enorme boca para tragárselo. Uno de aquellos seres fantásticos parecia que se arrojaba sobre él estendiendo sus largos brazos de brasa y haciendo vibrar su triple lengua encendida. Pedro creyó ver á Anita, cuya imagen amenazadora iba á castigarle su perjurio. Hizo un grito espantoso, bajó precipitado la colina, y se puso á correr con la ligereza de una antlope. El miedo le habia restituido la agilidad á sus piernas; sin embargo, tal prisa le tenia de huir de aquel lugar, que le parecia que tenia plomo en los pies.

La india palmoteó y echó á correr siendo á careajadas. Aquella risa, que él alegró por la mañana cuando penetraron en el bosque le producía el efecto de una awarga tenia. Corrió como el travesaclar; la jóven lo seguía con dificultad. Saltaba como un gamo troncos y piedras; salvaba los zarzales como un zorzo; las espigas se le clavaban en las carnes, los guijarros se metian en sus zapatos, pero por eso no milligaba su marcha. Por último, frito de aliento, harido, estropeado, chorreado sudor y sangre, llegó á la capital de su imperio. Entró en la primera barraca que halló abierta, tendiéndose en el suelo y se durmió.

La jóven india se quedó á su lado toda la noche. Puso bajo su cabeza un cojín de pluma, le cubrió con una piel, y ahuyentó los insectos de su frente. En una palabra, cuidó á su marido como una mujer afectuosa y solícita.

Cuando Pedro se despertó, su lengua habia desaparecido, pero su terror duraba todavia. Levantóse como un fugitivo, y resistiendo los abrazos de la princesa, corrió á la playa con ánimo de ver si podia salir de un país tan maldito. Sus camaradas, irritados con su matrimonio y alarmados con su súbito desparticion, habian abandonado la costa que habian embarcado en sus barcos, que robaban á veias tendidas. Cuando el barbero se presentó en la orilla. Gritó para que lo reconocieran; pero como no lo escucharon, se arrojó á nado. Llegó á un banco y cubrió en él con todas las muestras del mas profundo pesar. Reclinó á sus compañeros que habia visto el infierno, el lago de fuego, á Satanás y los condenados, el padre Francisco, á Anita, y que solo por millagro se habia librado de la muerte. Los viajeros creyeron que era una tradición de los del Illinois, y se juzgaron felices de poder oírle con embargo.

El desdichado barbero guardó como todo el tiempo que duró la navegación del Missipi. Tenia una entereza fuerte que no se le quitó hasta que se halló en el Océano á bordo de un buque que se iba á la vela para Francia. Entonces recobró sus sentidos y alegría. Pero habia perdido sus ilusiones. Ya no creia en la fuente de Jouvence, ni en las minas de oro. Ya no pensaba en hacerse marqués ni rey. Estaba harto de las grandezas. Cuando se le hablaba de los proyectos antiguos se callaba y se ponía melancólico. Recobró la afición á su oficio de barbero, tan desdichado por él poco hacia, y en vez de pensar en la hija del primer ministro, se contentaba en tener por mujer á la modesta costurera Anita.

Pero Anita no podía ser ya suya. Contada de aguardar al caprichoso barbero, Anita habia dado su mano, y su corazón á un discípulo de Vatel. Habian puesto una pastelería que contaba ya con bastante parroquia, gracias á la buena mercancía y al donaire de la pastelería. Pedro recibia esta noticia con la firmeza de un hombre que tiene el corazón acostumbrado á los golpes de la fortuna severa. «Preferir á un matrimonio! exclamó. ¡Así son las mujeres! ¡Al fin, yo la habia sacrificado por una princesa! Trató la infidelidad de Anita tan mal como merecida seria, y se fué á comer pastelillos á su tienda.

Pero su viaje á América le fué muy útil. Todo el mundo quiso ser agitado por el barbero que habia viajado tanto y habia sido yerno de un cochon. La narración de sus aventuras encantaba á sus parroquianos. No se le olvidaba nunca el contalles y describirles los horrores y estragos del lago de fuego, arrojado desde entonces á la lista de las maravillas naturales del Nuevo-Mundo.

Estrella de la Mañana siguió á su marido hasta la cilla del río y lo vió partir con sentimiento. Elle acompañó con la vista los barcos de los europeos cuando pudo, y despues que desaparecieron en uno de sus techos, se sentó sobre el césped, y ocultó la cabeza entre sus manos. Sus compañeros respetaron su dolor, le dejaron sola, y ella permaneció en llanto por su vergüenza y abandono. Ella habia sido vendida á la faz de toda la tribu; su esposo la habia engañado y huído de su lado con horror y disgusto. No sabia á qué atribuir la conducta del americano. Por mas que examinaba la suya respecto de él, no descubria en

ella nada que justificase semejante perfidia. Ella lo había amado; ella lo amaba todavía; él aparentaba corresponderte, y la había abandonado!

Herida en su honor, en su dignidad, en sus más tiernas afecciones, la hermosa salvaje no pudo soportar la visita de sus parientes ni de sus amigas. Trasladada moribunda al palacio de su padre, vivió todavía en él algunos meses en la soledad, el llanto y el duelo, y bien pronto un montecillo de césped cubrió los restos de la interesante y preciosa amante de Pedro. El montecillo se llama hoy todavía por el nombre de la princesa, el *Montecillo de la Botella de la Sábana*.

UNA VELADA EN TRIANA.

Era la víspera del 28 de Julio, día de la señora Santa Ana, patrona del barrio de Triana en Sevilla, cuya población parecía bajar en masa á rendir su homenaje á la abuela del Redentor, ornando el vetusto puente de diez barcas, que con sus oscilaciones sabe orgulloso en las crecidas y se humilla dócil en la calma hasta el abismo de las aguas. Sus banderas y gallardetes, sostenidos por las figuras de los emperadores y reyes que sucedieron á Trajano, de quien es fama nació Triana, heredera de la famosa Itálica; los pabellones y banderas que van los buques, surtos en el puerto; la animación de las gentes que en tropel atraviesan el puente, la premura con que otros botan lanzallas para sacar más pronto el Guadaquivir, y la hermosa perspectiva que desde el centro del puerto presentan ambas orillas colmadas de pueblo, que ó quieren embarcarse ó gozar de ese panorama que se presenta á su imaginación, forman una pintura vespertina, cuyo interés crece por momentos, según la noche se acerca. Por un lado se presenta la erguida torre del Oro, testimonio de la antigüedad y de la historia contemporánea del real alcázar, desde el cual se comunicaba á aquella por una magnífica galería corrida, igual á la que principia en su recinto actual, y cruzando por la puerta de Jerez se enlazaba con la torre, á la cual venían los reyes moros á visitar sus galerías y vigilar sus aguas. Don Pedro y Doña María Padilla posteriormente á exhalar los suspiros de sus amores, y don Carlos V y sucesores á esperar las flotas, cuyos productos la dieron otro nuevo nombre. Aislada hoy y elevada entre hermosos paseos, todavía conserva su belleza y nobleza, y si bien al albergar reyes ni tesoros, permanece de enseña de los navegantes, de consuelo á los enamorados, y de recreo á los amantes de las glorias sevillanas. Situada en la misma margen del Bótil, se abraza una diosa circundada de diversidad de navas que apuntan elevados pabellones y banderines á la altura de sus almenas, y siempre quedan más bajas que el erguido castillo de los moros.

Por el lado septentrional del puente se divisa la estación del río, que dobla á la vista de una cordillera sembrada de olivares y viñedos, entre los cuales se nota la blancura de sus pueblos y la belleza de sus torres árabes. Descuella á corta distancia la Cartuja de las Cuevas, antiguo monasterio, cuya iglesia guarda los sepulcros de los duques de Alcalá, con multitud de mármoles y jaspes que constituyen un museo de preciosidades. Hay se ostenta allí la fábrica de Jerez, cuya hermosura ha competido con la inglesa; abastece ya á toda España, y ha creado en otras provincias esta fabricación, casi desconocida anteriormente.

Nada más atractivo que la travesía al hermoso barrio de Triana por su puente de barcas; las vistas que le circundan, el embudo de aquellas al sentir el peso de las gentes y los carrajes; la suavidad de su pavimento; los árboles laterales en las prós y popas de las barcas; el ruido y bullicio del pueblo, y el sonido de las olas, forman un conjunto difícil de describirse. En la víspera de su patrona se halla también rodeado de vendedores que embelocen su tránsito, y que siguen á uno y otro lado en hilera iguales por la calle Larga, y cuatro laterales hasta llegar á la parroquia de Santa Ana.

Confúndense en su templo las gentes, las edades y los sexos: la bluseña y agradable sevillana, con su larga y tendida mantilla, su vestido negro henchido por su milánique, y su ajustado y opuesto calzado, único resto de su antiguo traje; la graciosa y voluble gitana, con su vestido más ceñido y ostentado de sus contornos; las serranas, enjanzadas con sus perlas y collares, desfigurando con la imitación de las modas de las ciudades, la hermosura que poseerian superior á la de aquellas; las cigarreras, multitud bajo de Sevilla, con sus trajes de moda, con padolón en todo tiempo, puesto con tal arte que nada tape; pero conservando los antiguos adornos de cabeza y calzado, que tanto embellecían á las andaluzas; las gitanas, en fin, de color de cobre, nariz aguileña, cara larga y expresiva, ojos rasgados y cejas levantadas, su pañuelo terciado y su brazo en jarra; el señorito andaluz, con bigote y perilla, pecho alto, presencia erguida y traje soberbio; el sevillano con su marcellés madrileño de almanes

de plata, su pantalón corto, su botín ondulante y su sombrero empujando de terciopelos; el jerezano, descubriendo su esbelta forma con el pantalón de punto azul y bien ajustado; el gaditano, casi dispuesto á presentarse en la lid á menudear el victor; el gitano, con su ropaje variado, sus formas decayidas, su limpieza bien diferente á la de ellas, y su mirar sagaz y avizor; todos allí deponiendo su genio, gracias y carácter, ynden su gratitud á la santa patrona que celebra la antigua Trajana.

Había acabado ya el predicador su sermón, en que después de encomiar la antigüedad del culto que á nuestra Señora Santa Ana profesa el arrabal de Triana, igual á la de este, que considero más antiguo que Sevilla, y que conoció la gloriosa Itálica, madre de emperadores romanos, con la que parta su fama, atribuyéndose según de Trajano, vino á referir los beneficios que la patrona ha hecho repetidamente á los 15,000 vecinos de Triana, y especialmente los milagros obrados en la inundación del Guadaquivir de 1636, en la peste de 1678, en los terremotos posteriores en que hasta la Giraldá se bamboleó, y en la arriada de 1796, concluyendo con los favores que tiene prodigado á sus devotos feligreses. Una gran orquesta de innumerables voces y escogidos instrumentos inundó las naves del templo, y dejó oír los cantos y composiciones con que un día anunciara á Sevilla el ya célebre maestro Estaba, que lleno de disculpas su patria, y á su nación de fama musical. Al salir del templo cubría ya el horizonte el crepúsculo con que el astro solar se despidió de los mortales, y estos parecía que le disputaban sus resplandores con otros que su genio hacía suplir á la falta de aquel, al cual, si bien no podían reemplazar, lograban al menos deslumbrar su vista con tan radiantes y multiplicadas luminarias.

Las hileras de puestos mercantiles, simétricamente colocados en las anchas calles que hemos referido, aparecen con su candilón colgado en alto delante de su mercancía, despidiendo fragante llama, y la multitud y armonía de éstas, la dilatada vista que á lo largo presentan y la extraordinaria perspectiva que á bastante distancia ofrece, con pinturas mejor para concebidas que para descritas. Después de recorrer en esta forma las más anchas y hermosas calles de Triana, otro panorama más variado deleita la vista y presta en aquel día un ornamento á Sevilla y su arrabal. La calle Larga del medio, denominada del mismo modo por sus ambulantes mercederes, refleja sus corpulencias sobre la corriente del Bótil, en cuyo seno se vé brillar los mismos fulgores de su orilla, formando la más deliciosa perspectiva que imaginarse pueda. Allí los terrones y jales de todas clases y países, el castaño que tanto se enuncia en variedades; las frutas y dulces de todo género y estaciones, y el arroz con leche en grandes fuentes vendido por menor, colocado todo en blancos y hermosos mantiles y con la mayor limpieza, son objetos tan dignos de mirarse como la multitud de gitanas que con sus sartenes y barreños fabrican redondos, partidos y pequeños buñuelos, con que convidan á los transeúntes ofreciéndoselos en bancos, de que se hallan graciosamente rodeadas. Vestidas de blancos las hijas de Egipto, con sus adornos, zarzillos y pulseras, preguntan el precio de su fabricación, tolerando las más jóvenes, interpoladas en el paseo, convidan á los transeúntes con las más admirables frases: «Zaferoso, ¿no toma Vd. para estas bellas niñas una librita de *buñuelos*? Hermoso mis, no conquista Vd. á esa alma de Dios, para que le regalé un par de libritas? Y no dejó de ser frecuente, que abrazando á los convidados, los convidaban á los bancos de su deidad, entre la alegría de los concurrentes, estado bien recibido aun de las personas de tono.

La Vía del puente iluminado es el objeto principal de solemnidad de la festividad. Una fila de faroles á nivel de la barandilla del puente, otra de color en las guiraldas, suspendidas sobre él, y entre cada bandera de cada uno de los diez barcos, forman una iluminación brillante, de mucha simetría, y de gran efecto. Empaveada está también con más de cien farolillos entre gallardetes y banderolas, elevando á proa y popa su bandera nacional, sin contar las luces simétricas de las barandillas, reflejas en las de iluminación, colocadas en simetría, una brillante caja de eclipsar la del mismo sol. Pasado el puente se presentó el mejor punto de vista de todo aquel sorprendente cuadro, desde la alameda de Sevilla. Una enorme y brillante ascua parece el arrabal de Triana, ó un volcan cuyo cráter es todo Triana, y cuya lava se vierte á la misma puerta de Sevilla.

Ran las nueve de la noche, hora propia de gozar la velada. Lángentes que volvían de la festividad religiosa, pedían al todo requiriendo del puente á los que de la ciudad bajaban á la fiesta nocturna. Estos, reunidos en familias, unos con guitarras, otros con flautas ó violines, y algunos formando orquestas, mostraban en su traje, ligero, blanco las mujeres, y chaqueta y chambergo los hombres, que llevaban tela cortada para no volver en toda la noche; algunos traían en cestos la prevención ventricular, otros la buscaban en los refinos y montañeses, y no pocos, ya prevenidos, sólo esperaban la buñolada con que todos concluirían su empresa.

Apoyándose cada viento en las plazas o calles anchas, ó en las orillas del Nílo, atronaban los aires con sus músicas, sus alborotos, sus cantos y sus gritos, y la media noche se desliza entre el estruendo de las bacanales. Llegaba ya la hora del pueblo egipcio, y cada puesto de las gitanas es una rotunda de los adoradores de ellas y sus bollosos, que sentados en círculos y cuadros animados, discurren acaloradamente sobre las bellezas de la naturaleza. La alegría, el alborozo y la confusión llegan á su término, y las caras mitadas de aquellas diosas, que no habían dejado verse antes de hora tan avanzada, descienden á manzanas de sus albergues estentacionales de Triana. A la vista de los gitanos toman más cuerpo los bailes, músicas y canciones que ellos mismos, nadie guarda ya su puesto, todos se confunden; las gitanas levantan sus campamentos, se suman la falta de pañuelos, abanicos, varillas ó algún reloj, si había allí quien lo llevase; y se escurre toda la concurrencia, desapareciendo como el humo, y quíora Dios que sin dejar algún rastro de sangre humana.

Repléganse los que no han quedado derrotados á las casas particulares de Triana, en las que prosiguen los vinos y zarcos, los dulces y refrescos, el vino, el gazpacho y los bulbucos hasta hacerse de día, en que cada uno prepara á su cuerpo el descanso que mas le conviene.

Otra vez se reproduce la misma fiesta día y noche del siguiente, en que se obsequia á la santa patrona, y en que el barrio de Triana pone en circulación muchos miles de reales; siendo este velada la mejor, más lodada y celebrada de las de Sevilla.

JUAN MIGUEL DE LOS RÍOS.

LAS NOTABILIDADES.

La vanidad es, á no dudarlo, la pasión mas honda del corazón humano; se desarrolla con la infancia, é intenta traspasar los límites de la muerte; perpetua las desigualdades sociales hasta en la morada de los que ya no son, y ha impulsado siempre al hombre á buscar la celebridad por cuantos medios han estado á su alcance. Pero esta hermosa pasión, que ha convertido tantas veces la tierra en un lago de sangre, que ha inventado los títulos y las jerarquías, que mueve al pavo real á desplegar á su vistosa cola, é arrastrar al caballo enjuzado, y al hombre á cubrirse el pecho de cintajos y á no contestar á los saludos de sus semejantes, ha llegado á ser la pasión dominante de nuestra buena sociedad: nunca las gentes se han resistido más tenazmente á convencerse de que es muy raro poseer un gran talento y un corazón elevado; que la mayor parte nacen honradas medianías; que las puertas de la inmortalidad se abren solo á los verdaderamente grandes y que aunque nada mas fácil que vestirse como los grandes hombres, andar como ellos, reproducirse del mismo modo y hasta tener su misma estatura, nada mas difícil tampoco que ejecutar sus grandes hechos y escribir obras inmortales, aunque todo el mundo tenga la cabeza colocada sobre los hombros y el corazón puesto en su lugar. Y sin embargo, esta tendencia del hombre á descoliar entre sus hermanos, este ataque eterno de la humanidad, se ha desarrollado entre nosotros de una manera espantable de algunos años á esta parte; cada mas raro ya que encontrar un niño que no se cría para genio; las calles están obstruidas por los grandes hombres, y toda la península hierve en notabilidades. ¿Pero de dónde este conatigioso afán de ser famosos, esta pueril ambición que contamina hoy todas las clases de la sociedad? ¿Será que nuestras eminencias sociales carecen de verdadera grandeza, y que su pequeña talla haya despertado hasta en los mas enanos el deseo de medirse con ellas? ¿Es que careciendo de hombres verdaderamente grandes; sea lo que quiera, contemos el hilo de nuestras reflexiones y bosquejemos ligeramente la grotesca fisonomía de esa muchedumbre de notabilidades que ha puesto la grandeza y la celebridad al alcance de los lacayos y de las rateras.

Jorge, es una notabilidad: diez años hace que vive con un lazo de príncipe, contrayendo deudas sobre deudas y haciendo perecer en la indigencia las familias de sus acreedores. Es imposible engañar con una legítima: ¡qué hombre! Ayer falsificó con tanta gracia y oportunidad una letra de cambio, que despues de contener con ella la turba insolente de sus proveedores, le sacó á uno de ellos dos mil duros mas con el precioso documento. Es también que un hombre como él tenga que marcharse al extranjero por no encontrar ya quien le preste un real. En este país no pueden vivir los hombres de su talento: los acreedores favorecidos por la justicia se atreven á pedirle á uno lo que le han prestado.

Por allí viene Luis; un conoico un hombre mas digno de admiración: su vida es una verdadera novela; ¡pero qué mucho, si él es todo un carácter! Todas las mujeres se enamoran de él: es el español

de los padres y de los maridos. Pocos hombres han sabido aprovecharse mejor de la hermosa presencia y del fino talento con que lo ha dotado la naturaleza; su historia íntima es un tejido de escenas sangrientas y graciosas. Ve sus mujer bella, jóven ó rica, y se decide con alma y vida á conquistarla; si no la logra, la deshonra por medio de la calumnia ó de las apariciones; si triunfa de su virtud, la entrega á la miseria ó á la desesperación despues de explotar su amor, sus riquezas y sus influencias en provecho de su lujo y de su celebridad. Entre otras muchas, dos de sus aventuras son graciosísimas: necesitando una vez romper los lazos que le unian con una mujer casada á quien habla empobrecido, pero cuya deshonra permanecía neutra, la dió una cita: escribió en seguida una carta á su marido, y cuando la infiel esposa se arrastraba á los pies de su seductor, llama á la puerta de la habitación el engañado esposo: Luis buye por un balcon y abandona su víctima indolente al furor del burlado marido. Fue aquel un lance que hizo reír mucho á todos sus amigos.

Una jóven habia resistido todos los ataques de su obstinada seducción, porque estaba enamorada de otro; hubiase cruzado una apuesta sobre la virtud de aquella mujer, y Luis debía quedar con honor: la hermosa recibe una carta de su verdadero amante, que atravesado de una estocada, quiere verla antes de morir: Zelia buye de la casa paterna; yuela á la del amigo donde debia hallarse su adorado Fernando: una criada la conduce á una habitación secreta, y Luis entra á poca seguido de varios camaradas con copas y luces en la mano. Vamos, decididamente nuestro Luis es toda una notabilidad. ¡Quién es aquel hombre gordo que tiene el pecho cubierto de condecoraciones, el rostro caqueto, el andar pausado, la mirada despreciativa y el hablar monosillabo? ¡Ah! es D. Scropio; ¡es una notabilidad política! Es un personaje verdaderamente respetable: jamás ha pronunciado un discurso en las Cámaras: nunca ha hecho la oposicion á ningun gobierno; no ha escrito nada; no ha prestado ningun servicio importante; pero tiene una incapacidad tan perfecta y una facilidad tal de doblegarse á la voluntad de los demás, que únicamente á estas dotes y á su encoquetada figura, ha debido el sentarse dos veces en la poltrona ministerial. Con él viene el celeberrimo D. Blas; ese sí que ha llegado insensiblemente á la inmortalidad. Empezó su carrera de periodista haciendo una oposicion tan enconada al ministerio, que se vió este obligado á sacarle diputado de la mayoría: D. Blas sabe hablar de corrido con tanta insolencia como falta de talento y de instruccion: el ministerio que le habia echado de honores y riquezas cayó en su última crisis, y era necesario que D. Blas le mostrase su agradecimiento: pronuncia un discurso furibundo contra los ministros agonizantes, y la oposicion recibe con los brazos abiertos al valiente apóstata. D. Blas entra á formar parte del nuevo gabinete que habia nacido para vivir muy poco: conoca nuestro hombre, presenta su dimision antes de que estalle la crisis, y vuelve á reñalar en la opinion pública. D. Blas ensayando desde entonces su sistema, ha convertido su frac en un cuadro heráldico: desarrolla sus planes económicos con sus inmensas rentas, y fabrica el pedestal de su gloria con los vitorios de sus numerosos amigos. Los hombres de talento se rien de D. Blas; los hombres honrados le desprecian; pero cuando él abre sus salones acaden en tropel las gentes mas famosas de la corte. ¿Qué es esto? Hablando con nuestras dos celebridades viene tambien una de nuestras notabilidades literarias: es D. Antolin, ese escritor famoso que ha dado tantas obras á la estampa. ¿Qué talento el de D. Antolin! Nadie ha sabido sacar tanto provecho como él del estudio de los idiomas extranjeros: D. Antolin ha llegado á poseer el arte de escribir como no le poseyeron los antiguos, traduce el estilo, las palabras, y sin embargo, todas sus obras son originales. D. Antolin es además un hombre completo: solo le falta una cosa que no ha querido traducir de ninguna parte, la vergüenza.

Pero ¿quién no conoce al famoso Ricardo, ese pálido y melancólico jóven, que tiene el corazón tan gastado como su traje, el rostro de suicida y el hablar necio y melancólico? Ese no es un literato, ni un político, ni un hombre, es un genio. Sus padres, creyéndole formado como todos los humanos, le dieron una carrera y él la abandonó: sus amigos le socorrieron en los días de desgracia, y él les pagó con la ingratitude y el desprecio; viéndose entonces abandonado de todos, miserable, rico, ignorante, sin un oficio, sin ingélio, sin mas remedio que su vanidad y sus melancas, no pudiendo dedicar á nada, se metió á genio. ¡Qué injusta es la sociedad con ese grande hombre! No comprende sus colosales pensamientos, únicamente porque no se los ha revelado á nadie: escribió una comedia, y todo el mundo creyó á su silberia solo porque era mala. ¡Pocara sociedad! ¡por qué no crees en ese genio? ¿Es porque no ha escrito nada? Los genios no necesitan eso genio? ¿Es porque no ha escrito nada? Calderon sin leerle, y no le escribía Cervantes á quien ha leído? Los genios lo desprecian todo; satisface Cervantes á quien ha leído? Los genios lo desprecian todo; los genios no son como los demás hombres; son únicamente géiosos.

Además de la turba inmensa de nuestras notabilidades cuyos re-

tratos no podríamos acabar nunca, ha producido hoy la manía de la fama otra linaja de celebridades de mas baja esfera, que son las especialidades. La especialidad es una inmortalidad de segundo orden que nuestra sociedad ha puesto al alcance de todas las gentes. Como todo hombre ha nacido para ser famoso, el que no puede hacerse notable se hace especialidad, y ya tiene además de su apellido otra cosa que dejar á sus herederos. El número de los hombres notables es inmenso; pero el de los especiales es infinito. Juan es una especialidad para ponerse los guantes; Pedro, para dejarse deshonrar de su mujer; Antonio, para hacer zapatos; D. Cosme, para votar siempre con el gobierno; Joaquín es famoso por su falta de educación; nadie sabe quedar tan mal como él en todos partes; es una especialidad. D. Manuel ha hecho su carrera á fuerza de amabilidad; tiene la boca desgastada de tanto sonreír; es una especialidad para lamer las plantas de los poderosos. ¿Quién no es especialidad para algo en este país de especialidades? ¿Pero qué es esto? ¿Qué amor es este tan desenfundado que se ha desarrollado hoy por la celebridad de los apellidos, por esas cuatro ó cinco sílabas que hemos heredado de nuestros padres? ¿Notabilidades y celebridades! ¡Ignorais que la mayor parte habéis nacido para vivir confundidos con esa muchedumbre de honradas gentes que usan solamente su cabeza para ponerse y quitarse el sombrero? ¡A qué esta comexon de inmortalidad! El que no pueda creer en la inmortalidad de sus hechos, que crea en la inmortalidad de su alma. ¡Todo es creer! Dichoso el que en épocas como la presente logra andar por todas partes sin ser señalado por el dedo de la opinión como hombre notable!

M. O. P.

CAECENCIA SOSTENIDA.

(Conclusion.)

María dió un grito, quiso levantarse, pero una fuerza desconocida la mantuvo clavada en la silla. El jóven se retiró en silencio, y se fué á situar delante de la casa de María. Al día siguiente la misma escena muda: el tercero la sorpresa fué menor y mediaron algunas palabras: quince días después el sombrerero volvió á sus tareas mas tranquilo, la niña costó su media con mas acierto, y todo esto efecto de una conversacion en la que despues de varias esplicaciones se llegaron á convencer de que todo aquello era amor y nada mas, de que el remedio para aquella enfermedad no lo encontrarían en la botica sino en la parroquia, y lo propinaria el cura mejor que todos los doctores del mundo. Hasta allí todo marchaba á las mil maravillas, pero el diablo que siempre anda listo, dispuso que el padre del sombrerero llegase á broquellear los trapicheos de su hijo, y que tomase informes de la muchacha; estos informes le dieron por resultado la averiguacion del origen de la mediera, origen que seguramente no convenia á la noble prosapia del adohador de pieles de castor. Hizolo entender así á su hijo, y éste, aunque con repugnancia, renunció á sus proyectos de felicidad conyugal, al menos por entonces. Pero este golpe era demasiado cruel para el orgullo de María que hasta entonces no habia echado de menos la falta de un nombre. María devoró su afrenta jurando vengarse de ella, como se v enga una pobre niña abandonada, es decir, luciendo á los ojos de su íntel amante las galas compradas al precio de su virtud.

Un año despues de estos sucesos, un lujoso carruaje se paraba delante de una tienda de la calle Mayor. Dentro del carruaje iban dos personas. La una, jóven, hermosa y ricamente ataviada, era María. María que iba á gozar de su triunfo confundiendo á su primer amante con una mirada de desprecio; la otra persona, con un caballero de edad, cuya reputacion numeraria corria parejas con la fama de su conducta licenciosa y desenfrenada. La pobre María pensó en el fin únicamente y no se paró en los medios.

Apesos del carruaje el caballero, y ofreciendo la mano á su compañera entró con ella en la tienda á comprarse un sombrero. Detras de aquel mostrador y con la plancha en la mano estaba el amante de María, que al cabo de una dolorosa lucha habia logrado olvidar á la que el mundo condenaba á la afrenta y la deshonra. María clavó sus ojos en el sombrerero, que lleno de asombro se negaba á creer lo que sus ojos veian; pero aquella mirada de indignacion le reveló todo el misterio. María se habia vengado. En mucho tiempo no se volvió á saber de ella, decíase que habia marchado á viajar por el extranjero con su rico protector.

Al cabo de tres años una pobre mujer con una niña en brazos subia los cien escalones de la buhardilla de que ya tienen noticia nuestros lectores. Conocíanse aun en su rostro la primitiva belleza, pero la horrible palidez de sus mejillas, sus facciones descajadas, y el estavio de su feroz mirada habia desfigurado entorpecidamente la fisonomía de la pobre madre. Llegó á la puerta de la humilde estancia,

metió la llave en la cerradura, quedóse un momento contemplando el polvo de cuatro años que cubria el modesto mobiliario, y dió un grito arrancado por el remordimiento y la desesperacion. Eran las diez de la noche.

María, á quien ya habian conocido nuestros lectores, vistió á su niña cuidadosamente con las mismas envolturas con que habia sido ella encontrada por el anticuo sacerdote; bajo precipitadamente escalera, depositó á su hija en las umbrías del Buen Suceso, y desapareció en las tinieblas.

A la mañana siguiente creyó la solista de haber sido encontrado en la igies del Canal el cadáver de una mujer miserablemente vestida. Nadie supo la procedencia de aquel infeliz, y á los dos dias fué olvidada de todo el mundo. Un pobre sacristan del Buen Suceso recogió la niña, encontrada en sus umbrías y la crió durante los primeros años. Es fama que tiempo despues de una gitaná por la Puerta del Sol y consultada sobre la suerte de la niña por la mujer del caritativo sacristan, la tranquilizó completamente diciéndole que viviria tanto tiempo como la iglesia del Buen Suceso. La niña llegó á ser mujer y lo mismo que su madre está de meana en cierta ocasion la falta de un apellido.

El mismo día en que el reloj de la iglesia del Buen Suceso suspendió su curso y en que la destructora pluma de los juhos empezó á desmoronar el edificio elevado por la piedad de los padres, las aguas del Canal arrojaron una nueva victima. En los periódicos del día siguiente se leía esta ehistosísima gaceta:

UN NASCO ROMANTICO.—Ayer fué estraido del Canal el cadáver de una mujer jóven, que desdeñada sin duda por alguno de nuestros modernos jovencitos determinó poner fin á sus dias buscando liquida tumba en las aguas del Canal.

Otro periódico mas grande, despues de algunas reflexiones filosófico-morales, daba los siguientes pormenores.

«Inmediatamente que fué estraido el cadáver, se reconoció por el habil doctor en medicina y cirugía D. N., quien con su pericia proverbial reconoció que la victima se habia arrojado al Canal con los primeros sintomas de parálisis. Ario continuo este distinguido profesor procedió á la extraccion de la criatura, operacion que ejecutó con el acierto mas científico y el mas satisfactorio resultado, salvando un ser á quien un momento mas de tardanza hubiera privado de la existencia!»

La dieta de María era una niña sin nombre, que podrá gozar de las delicias de la vida, gracias á los cuidados científicos del doctor D. N.

José BRAVO Y D.

EL RUSEÑOR DEL HAREM.

Desde Stambul al paraiso. ¡Bendito sea el poderoso Alá que por vivionda lo ha dado á los predilectos hijos de Ismael! Hasta esa abigarrada turba que obstruye sus hazares, lleva sus cáñes á inundar con sus bañiques y tartanas las apacibles ondas de su espléndido golfo, es feliz en medio de la estrechez de su forzosa esclavitud. Bástale consagrar algunos instantes, al menos ahorrados de los trabajos, para ver siempre llena su taza de barro ó de porcelana de Nankin, y jamás vacía su larga pipa de cerezo. Por el mas leve servicio, las piasetas y aun los cepoles pasan con la mayor facilidad de la cintura del absorto extranjero, á sus profundas bolsas de negra piel. El moka vigoroso, y el humo de la fragante yerba turca, aspirando con voluptuoso deleite por todo el resto del día bajo la fresca sombra de los plátanos y terebintos, resacreen ampliamente el momentáneo esfuerzo de su proverbial pereza. ¡Ay de los desheredados hijos del Septentrión con sus eternas brumas y abaluchas, su carne de animal fatumundo, y el maldito veneno de la vid! Por Mahama y su djira, que Stambul es la perla del Oriente, y la grave raza osmani la mas afortunada del Universo mundo.

Ciertamente que es una gran cosa vivir en un espléndido palacio, lleno de oro y perfumes, resplandeciente de luz y fresco, sin embargo como una enramada del valle de Kachemir en la hora en que las Péris revolotean entre la ténue bruma de la encantada fuente de Chindara. Rudos y atezados son los servidores que circundan al feliz mortal que por señor reconocen; brillantes armas centellean en su cintura; sus ojos lanzan rayos cuando la cólera hace temblar su lábio de animal carnívoro, ¿pero qué importa? Ni sus manos de ebano manchau, ni sus gomas ofenden, ni su inata ferocidad les impide tender el cuello cuando un capricho del amo exige que se corte á cercen. La voluntad del que los compró á tanto por cabeza, es su última ley, su sólo Dios, y su real fuere, instantáneamente la ejecutan, porque oír es obedecer, y al que abadesciendo cae en los brazos de rosa de las huris, lo levantan para transportarlo al paraiso, donde á su vez señor, goza eternamente; lo que á la muerte bu-

que respetuosamente alzase el primer lapis exterior. S. A. tuvo á bien atropellarlo todo, hasta posesionarse de uno de sus mil y quinientos divanes de Persia, incrustado de piedras preciosas, teniendo muy buen cuidado de amenazar antes con la mas feroz de sus indignaciones al temerario que osase bajo cualquier pretexto ponerse delante mientras que con su esclava departía. Esta guardó reposadamente en su dilatada jaula de oro y ácar su colibri mas querido, y tendiendo despues á su amo un pequeño ramillete de enanas rosas y violetas azules de Alejandria.—Toma, le dijo, con su voz fresca y armoniosa, cada pétalo ha servido de lecho á una Pir en las últimas horas de la luna poslerera. Tu esclava no tiene otro don que ofrecerte.—Mohamed tomó las flores, las llevó á sus labios, y no ocurriéndosele por lo pronto contestación oportuna, se entregó á sus reflexiones, sin apartar sus reales arcos del perfumado presente.

Kila, sin darse cuenta de él, tomó su guzla de sándalo, tocó y cantó como las hadas del valle felix hasta que cierto sonido extraño, lleno, sonoro, y discordante vino á anunciarle, sobreponiéndose á sus melódicos ecos, que por aquella vez todo estaba ya dicho. El gran jefe de los creyentes dormía pegado á sus flores con mas decisión y estrépito que el último de los rameros de sus dorados káikes.

Entonces la dulce niña dejó caer su guzla sobre la sedosa aleatifa, se acercó al fustre dormido, y principiando por tirar ligeramente de su alfama, concluyó por sentarle en todas direcciones, con mas vigor que reverencia. Todo era inútil: Mohamad continuaba en el paraíso ni mas ni menos que si hubiera previamente paladeado el Hascid maravilloso de Avengor. Kila también de júbilo, despues habió palmas y talló y movió como una leon, sin cesar de repetir:—No me ha engañado, no. ¿Bendito sea por los ángeles buenos el sábio Derviz, que me vendió esas plantas libertadoras! Duermes, tirano, duermes, y quieres Alá no despiertes hasta que Nafir me cina la corona de los desposados bajo los sicómoros de Keuar.—Y diciendo y haciendo arjó de su magnífico cofrecillo, se envolvió en su velo, y arrancando el ramillete de las calenturientas manos del sublime señor, desapareció como un pájaro de su dorada cárcel.

¿Y despues?—Lo que sucede siempre en tales casos. Llegó sana y salva á los brazos de su amante, que en la desierta calle la aguardaba, dándose ya á todos los diablos, como era natural, y

Allá están en Kaelhemir,
Felices como ninguno,
Nuestra Kila y su Nafir.—

—¿Pero cómo llegó? No digo tan lejos, sino á la calle, á esa calle tan gente donde el otro la esperaba, sin duda con muy buenas razones para hacerlo...—Mas que suficientes me parecen las de ser su amante desde la infancia, haberla seguido sin mas equipaje que su fiel kanjiar á un lado de su cintura, y una bolsa de diamantes al otro, hasta la misma Stambul, donde á fuerza de valor, paciencia y malos ratos logró sobornar á éste, infundir miedo al de mas allá, y avanzando hoy una hora y mañana diez, salir por último con su empresa adelante, á despecho y pesar de cuantos musulmanes se le estorbaban. En cuanto á la fey y tan fe iz buida de la ex-sultana, nada mas natural. Poseía... —¿Ahí sí; ya caigo. El encantado anillo de Salomon. Aquel señor Derviz que le vendió las flores narcotizadas, se lo prestó sin duda por momentos, y siendo así, cómo no puede menos, no hay por qué cansarnos...—Todo sobraba á existir el tal anillo.—Entonces no comprendo.—Pues no es difícil. El Sultán en cuestion llevaba el suyo, y siendo conocido el sello imperial desde el primer visir hasta el último esclavo del género neutro, y habiendo tenido la doncella muy buen cuidado de llevarsele, he aquí cómo pudo llegar sin tropiezo, no solo á la calle, sino hasta la adusta presencia del primer arvez de uno de los veleros de S. A., obligarle á cazar y hacerlo poner la proa, mai que la pesse, no digo hacia Keuar la encantadora, como la puso, sino hacia donde mas su voluntad le viera.—Pero no se dice de otro modo; cualquiera echará de menos en esta historia...—Permitame usted, no es historia; es un simple cuento.—Pero, sea lo que quiera, yo creo que...—Amigo mio, dejémonos de peros; ¿disgusta á usted mi obra? Pues paze V. un inteligente esputojs sobre el malhadado llenzo, léalelo V. de nuevo, tomando mejor que yo sus medidas, trágamele V. cuando ya nada falta, y por todos los millones de alas del ángel Legion, le juro que oirán maravillas sobre su trabajo cuando effendis, lures ó naxarenos á mi opinión se remitan.—

JUAN DE SALDUBA.

RICARDO DIGBY.

LEYENDA AMERICANA POR NATHANIEL HAWTHORNE.

En los antiguos tiempos de tinieblas é intolerancia religiosa, vivia Ricardo Digby, el mas sombero y mas intolerante de una secta aus-

tera. Su sistema de salvacion era tan estrecho, que semejante á una tabla en medio del mar, no podía servir mas que para un solo pescador. Por eso se agarraba á ella triunfante, y lanzando anatemas á los desgraciados que veia luchar contra las olas de la eterna muerte. A su modo de ver, era el mas abominable de los crimenes,—y con efecto es una locura—el darse en sus propias fuerzas, ó el agarrarse á algunos restos del naufragio, excepto á su pequeña tabla, que procuraba por otra parte apartar cuanto podia de sus hermanos. En otros términos, como su creencia no se parecía á la de los otros hombres, y como estaba muy satisfecho de que la Providencia no habia confiado á nadie mas que á él solo el tesoro de la verdadera fe, Ricardo Digby resolvió retirarse á un punto en que pudiera gozar de su dichosa suerte.

—Verdaderamente, pensaba él, yo considero como una condicion principal de la protección que me dispensa el cielo el no vivir entre esa multitud de seres que Dios ha lanzado lejos de sí, condenándolos á perecer. Quizá si me detuviera bajo las tiendas de Cedar me privaria de su gracia, y me veria sumergido en el diluvio de colera, ó consumido por la lluvia de fuego y azufre, ó sepultado bajo alguna nueva ruina, preparada por Dios contra la perversidad de la generacion presente.

Ricardo Digby, pues, tomó una hacha para abrir en el desierto un espacio donde colocar su tienda. No olvidó otros utensilios necesarios, tales como una espada y una escopeta, para herir ó matar á quien penetrara en su santuario; hecho lo cual, se internó en la espesura del bosque. Pero antes se detuvo al borde para sacudir el polvo de sus pies, en el pueblo que habia habitado, y pronunció una oración contra la casa de oración que miraba como un templo consagrado á ídolos del gentilismo. También sentó curiosidad de saber si llevaria el fuego del cielo, una vez puesto en salvo el único hombre justo. Viendo por fin que el sol alumbraba las cabañas y los campos, que los hombres trabajaban, que los muchachos jugaban y que no habia presagios de un castigo próximo, se alejó un poco disgustado. Pero cuánto mas soñaba, mas solo se sentia, mas juntos parecían los árboles del camino, mas espesa era la oscuridad, mas contoso se puso Ricardo Digby. Conversaba consigo mismo; leía la Biblia sentado bajo los árboles, y como las hojas le ocultaban el cielo, iba así á decir por la mañana, el mediodía y la noche, se dirigía á sí mismo sus oraciones. Este género de vida era tan conforme á su carácter, que se retiró consigo mismo, y se movía cuando el eco repelia sus carcajadas.

Así vivió tres dias y dos noches, y la del tercero llegó á la boca de una caverna que á primera vista le recordó la de Elias en el monte Horeb, aunque se acordaba quizá mas á la sepultura de Abrahán en Machpelah. Esta caverna penetraba en el corazón de una colina de roca. Delante tenia un velo de felpa tan espeso, que nadie sino un amante del mas zombro rebulo hubiera descubierto el arco bajo que le servia de puerta, ni oído entrar en su oscura bóveda, donde tal vez podia descubrir los brillantes ojos de una pantera. Si la naturaleza desatinaba tan triste mansion al uso del hombre, solo podía ser para sepultar en sus tinieblas á las victimas de una peste, tapar la boca con piedras y huir para siempre de aquel fueso lugar. En sus cercanías no habia nada alegre, si se exceptúa un manantial murmurante, que Ricardo Digby honró con una de sus miradas. En seguida metió la cabeza en la caverna, se estremeció, y se felicitó por su hallazgo.

—El dedo de la Providencia me ha señalado el camino! exclamó, y el antra hombre le respondió con un eco silaboso, como si algun sér invisible se hablara de él.—Aquí vivirá mi alma en paz, porque mis males no me encontrarán. Aquí leeré la Escritura sin ser contrariado por interpretaciones falsas. Aquí haré oraciones aceptables, porque mi voz no se confundirá con las súplicas de una multitud culpable. ¡Oh! ¡el, el único camino que conduce al cielo pasa por la estrecha entrada de esta caverna,—y yo solo la he hallado!

Respecto de ella, es innestor decir que la bóveda, por lo que la luz permitia examinar, estaba tapada de objetos que se parecían á hielos opacos, porque la humedad, reuniéndose sin cesar, habia formado cristales tan duros como el diamante, y todas las cosas que habia habido aquella agua se habian convertido en piedras. Las hojas y ramas que el viento habia enviado á la caverna, y las plantas poqueñas que se veian á la entrada, no estaban mojadas con rocío natural, sino que se habian conservado por este maravilloso procedimiento. Y esto me recuerda que antes de que digby el mundo, al decir de ciertos médicos, habia contraído una enfermedad que su ciencia no podia remediar. Se formaba en su corazón un depósito de partículas redondas producidas por una obstrucción en la circulación de la sangre, y á menos de un milagro, era de temer que la enfermedad se extendiera á todo el órgano y petrificara el corazón. Muchos creían que esto habia casi sucedido. Pero Digby no quiso creer jamás en ello, y cuando vió las ramas convertidas en mármol, su pecho no latió mas fuertemente á la vista de la comparación que le ofrecian aquellos objetos fuertemente débiles y delicados. Tal vez esta insensibilidad era efecto de su padecimiento.

Se continuará.

EL RUISEÑOR.

Oculto entre las hojas
Y trémulo de amor,
Sus tiernas congostas
Canta el ruiseñor.
Y sé, mas no sé cuando
Ni donde aprendí
Que el ruiseñor cantando
Dice en su idioma así:

Pobre ruiseñor,
Que muere de amor.

Ya rompe la aurora la niebla ligera,
¡Qué hermoso es el campo, qué hermosa es la luz!
¡Qué hermosa es la dicha del alma que espera!
¡Dulce compañera!
¡Qué hermosa eres tú!

Yo cruzo los espacios;
Las copas de los árboles me sirven de palacio:
Mi madre es la armonía,
Mi padre es el amor:
Yo soy, vida mía,
Pájaro y flor.
Envidian las aves
Mis trinos suaves,
No saben cantar.
Envidian las flores
Mis tiernos amores,
No saben amar.

¡Qué ave en el mundo
De amores herida
Mi canto imitó!
¡Ay! de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.
Tus alas suaves
Tiende sobre mí;
Envidiennos las flores y las aves,
Yo canto para tí.

Pobre ruiseñor,
Que muere de amor.

La palma y el sauce se mecen en calma,
Las ondas se tiñen de nácar y azul;
¡Qué hermoso es el río y el sauce y la palma!
Alma de mi alma,
¡Qué hermosa eres tú!

Yo cuando canto vivo;
Es un raudal de música mi corazón altivo;
La luz es mi alegría,
Mi espíritu el calor:
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Tenemos un nido
De plumas tejido,
Que oculta en sus hojas gracioso laurel;
Tú velas en tanto,
Que al son de mi canto
Piando se duermen mis hijos en él.

No saben
En donde
Se esconde
Este tesoro que el amor nos dió.
¡Ay! es un secreto
Que oculto en los ramos
Guardamos
Tú y yo.
¡Qué ufanos, que belios
Reposan allí:
Vela tú mi vida, vela tú por ellos;
Yo velo por tí.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

Ya ocultan las flores sus cálizos rojos,
Inundan los cielos torrentes de luz;
Busquemos la sombra si el sol te da enojos
La luz de mis ojos,
Mi vida, eres tú.

Suavisima es mi pluma,
Mi voz es la del céfiro que gime entre la espuma:
Es mi contento el día,
La noche mi dolor;
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Átiva es el águila,
Tierna la paloma,
Gallarda y ligera
La garza real;
Mas tú eres mi espíritu,
Para mí en el mundo,
Gentil compañera,
No tienes igual.

¡Cuán rico tesoro
Me ofreces, bien mío,
Temblando de placer;
Cuando bebo en tu pico de oro,
La gota de rocío
Que temple mi sed.
Mis hijos alegres
Se miran en tí;
A amarle tus hijos
Aprenden de mí.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

¡Ay! ya se levanta del valle sombrío
La tarde vestida de blanco y azul:
¡Qué triste está el cielo, los montes y el ríol
Dulce dueño mío,
¡Qué triste estás tú!

Las brisas sosegadas
Arrastran en sus círculos
Mis notas apagadas,
Mi última armonía,
El último suspiro de mi amor;
Yo muero con el día,
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Vén al ramaje espeso
Que oculta nuestro nido;
Quiero morir en él,
Dame el último beso;
Que recojan mi último gemido
Las hojas del laurel.

¡Qué ave en mundo
De amores herida
Mi canto imitó!
¡Ay! de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.

Hará tu llanto
Que mis hijos bellos
Se acuerden de mí:
Enséñales las notas de mi canto,
Tú vive por ellos,
Yo muero por tí.

Pobre el ruiseñor
Se muere de amor.

José SELGAS Y CARRASCO.